

Urgencia... hacer de todo para llegar a una nueva forma de ser Iglesia

Las religiosas y religiosos saben dónde están las trabas y los firmes nudos que urge desatar en la Iglesia; debemos ponernos de pie y conseguir una Iglesia que lleve al encuentro con Jesucristo. *Tenemos que pasar de ser parte de la crisis y del problema que vive la comunidad eclesial a ser parte importante y decisiva de la solución del mismo.* Es urgente proceder. En la historia de la vida consagrada la constante de su aporte ha sido y es hacer que la Iglesia y la sociedad, cuando viven tiempos difíciles, vuelvan al evangelio. El camino para lograrlo y la motivación para echar a andar hasta la meta a la que hay que llegar son el contenido de las páginas de este nuevo número de Testimonio.

Muchas de estas reflexiones, criterios y propuestas nacen del contexto eclesial chileno; otras llegan desde realidades geográficas de vida consagrada y eclesiales distintas. Todos los autores tienen una mirada horizontal; hablan a partir de su condición de compañeros, hermanos, amigos; esa mirada al comenzar a elaborar su aporte la han puesto en Jesús; hablan a partir de vivencias; proceden con sentido de escucha y con humildad; no pretenden para nada decir la última palabra y en todo proceden con mucha humanidad. La mayor parte de los textos están bastante bien contextualizados lo cual no es tarea fácil en este tema que nos ocupa y, por lo mismo, tocan la realidad y se refieren también a la historia que es relato de pasado y también desafío de futuro. No desconocen que la actual crisis de la Iglesia es doctrinaria, pero advierten que se trata, sobre todo, de una crisis ética.

Poco a poco, de una u otra forma, se intenta describir adónde va la Iglesia; se pretende que recupere credibilidad por dentro y por fuera; se deja en claro que como organización institucional la estructura falló y los cam-

bios y reformas tienen que llegar hasta su identidad y su misión. No hay duda que se involucra al lector en la transformación eclesial. Repetidamente se alude, tanto en los artículos como en las experiencias, a la necesidad de terminar con el clericalismo; actitud que, como reconoce el Papa Francisco en su *Carta al Pueblo de Dios que peregrina en Chile*, “no solo anula la personalidad de los cristianos, sino que tiene una tendencia a disminuir y desvalorizar la gracia bautismal que el Espíritu Santo puso en el corazón de nuestra gente. *El clericalismo, favorecido sea por los propios sacerdotes como por los laicos, genera una escisión en el cuerpo eclesial que beneficia y ayuda a perpetuar muchos de los males que hoy denunciamos. Decir no al abuso es decir no a cualquier forma de clericalismo*”.

En ese gran intento de volver a lo nuclear son varias las “rutas nuevas” que se insinúan en estas páginas y todas ellas nacidas de un auténtico deseo de cumplir el evangelio de Jesús. Vienen también de ciertas certezas que han sido bien asimiladas y asumidas por los autores: a lo largo de la historia, la Iglesia de Jesucristo ha vivido en el pasado y desde sus comienzos momentos críticos, y alguno de ellos fue una auténtica amenaza a la continuidad de su existencia. Varios de esos momentos han constituido un serio riesgo para su identidad, otros para su estructura y su misión, su organización, su continuidad y proceder. Más de una vez la Iglesia estuvo a punto de desaparecer y tuvo que vivir conflictos significativos y cismas que en cierto modo todavía perduran. *Misión de la Iglesia es fomentar una comunión dinámica, abierta y misionera*. Sin ninguna duda, la actitud y respuesta de la Iglesia ante la cultura de nuestros días han sido y están siendo tímidas, no han llegado a ser verdaderamente alternativas ni propositivas; les ha faltado audacia y con frecuencia lucidez. Por lo mismo, frente a esta realidad nos queda la alternativa de cambiar y proponer o morir. No podemos seguir dando respuestas a preguntas que ya nadie se hace.

Por lo mismo, los autores y autoras de este número de Testimonio intentan ahondar en las causas de esta crisis, así como también estimular la reflexión y el compromiso de los católicos. Su reacción ante este tsunami de malas noticias y comportamientos de la Iglesia chilena es variada –como se puede advertir en sus comentarios– y van desde la rabia a la decepción, pasando por la impotencia, el desencanto, la sorpresa, la pena y la desazón. Están tristes y estupefactos. Impactados y perplejos. Pero de una u otra manera se transmite una convicción: *De esta crisis se va a salir y, por lo mismo, no falta el discurso sobre la valentía, la esperanza, la lucidez, el mirar el mal a la cara y meter el bien en el dinamismo movilizador de toda nuestra existencia*. La vida de la Iglesia no se acaba ni se reduce a la crisis; apunta a un horizonte mayor.

Por supuesto, *crisis no es sinónimo de callejón sin salida*; es más bien una encrucijada en la que se divisan diversas posibilidades de salida. El tono

de este número de Testimonio es claro: transformar esta crisis en ocasión de conversión y de auténtica fidelidad al evangelio. Se opta por subsistir, refundarse, crecer, renovarse. Los cambios no van a ser livianos ni fáciles; algunos llegarán a tocar lo constitutivo y esencial de la Iglesia. Todo ello nos pide una propuesta más sincera, verdadera y valiente para asumir los problemas. La Iglesia de los nuevos signos de los tiempos se enfrenta a grandes desafíos que han de afrontarse con realismo y profetismo. De nada sirven las nostalgias restauradoras que nacen de una visión retrospectiva o catastrófica de la historia.

De hecho, no existe aquello que no se puede cambiar, ni ninguna oscuridad que no se pueda iluminar, ni ningún fracaso que no se pueda transformar en un nuevo comienzo. La fidelidad auténtica no se ejerce a partir del miedo, de la perplejidad e inseguridad, sino de la “*tesitura del riesgo*”. El valor de renovarse es la única garantía de futuro. Lo que vivimos en cada eucaristía es, justamente, que toda muerte se puede transformar en vida plena. Hemos nacido para renacer y con la llegada de Jesús estamos llamados a obrar de acuerdo con “la verdad que libera” y hacer realidad la “impostergable renovación eclesial” (*Evangelii Gaudium* 27-32).